

*Oficina
Secretaría de la
Junta de la
Educación
de San
Juan*



El Hogar Puertorriqueño y El Deber de Nuestras Escuelas para él

Discurso pronunciado en la Asamblea Anual
de Maestros de Ciencias Domésticas.
por
Maria Cadilla de Martinez



UNIVERSITY OF PORTO RICO
BOARD OF TRUSTEES
R.O. P.O. DRAS., P. R.

OFFICE OF THE SECRETARY

Received: *6/12/32*
For use to:

Diciembre de 1931

El Hogar Puertorriqueño
y
El Deber de Nuestras Escuelas para el



Discurso pronunciado en la Asamblea Anual
de Maestros de Ciencias Domésticas.

por

Maria Cadilla de Martinez



Diciembre de 1931

El Hogar Puertorriqueño

y

El Deber de Nuestras Escuelas para él.



De todos los grandes problemas que interesan a la regeneración de nuestro pueblo, no conozco ninguno que sea equivalente en importancia a la necesidad que tenemos de un mejor hogar que, adecuado para el pleno desarrollo de nuestra vida, vincule a la raza y dé vigoroso espíritu al futuro. El hogar, primera institución del estado, es a la vez columna vertebral y rostral. En el primer caso, de su posición y equilibrio depende todo: felicidad, salud, belleza, inteligencia, vigor. En el segundo caso, en él se inscriben y perduran todos los hechos de la vida diaria que servirán luego, como han servido los relieves de la de Trájano a Roma, para contar la historia imperecedera de nuestro paso por la existencia.

Y es precisamente más interesante el tema del hogar en estos momentos, porque parece que en nuestra isla ha sonado ya la hora de la desintegración alarmante de este organismo colectivo. Costumbres y vicios han ido minando poco a poco el prestigio de fortaleza que tuviera en el ayer nuestro hogar—de tal suerte—que ya su estructura va siendo demasiado inconsistente para desempeñar la sagrada misión de formar la conciencia de un pueblo.

Nuestro hogar, ésta es una verdad innegable, se bambolea. Ya no es el nido amoroso y respetado que guardaba, como en santuario, a la honra y al civismo; en donde padre y madre sentían hondamente el divino impulso de moldear la arcilla humana a semejanza de Dios. En la actualidad vemos a cada paso cómo es que forman los nuevos hogares algunos hombres que, inconscientes de las funciones vitales, rehuyen luego el deber que la Naturaleza les impone como padres, apartándose, cobardemente y sin ningún honor, de una función cívica y moral cuya dignidad supera a sus menguadas fuerzas y preparación.

La mujer—no hablamos en tesis generalizadora—es también cómplice del hombre en este desbarajuste social. Ella igualmente olvida la sagrada misión que la Providencia la impusiera

en la preservación y procreación de la especie. Sigue, irreflexivamente, toda suerte de malos ejemplos: abandona los hijos, descuida sus deberes conyugales y maternales; tiene apego desordenado al placer, al lujo, a la frivolidad. De suerte que aunque sea duro confesarlo, nuestra familia, que por Dios fué destinada para consagrar el santuario del hogar, llega a ser escuela de la prostitución. Y es que no se la forma con el verdadero concepto que su ideal encarna; en el lazo indisoluble del amor, sino por conveniencia o el capricho. Y, desde luego, ya empieza en su nacimiento mismo a disolverse el hogar por el egoísmo al que luego han de ayudar la corrupción del ambiente y el hastío. Cuando esto ocurre, la leche de la madre es venenosa y las primeras lecciones que recibe el hijo del padre, llevan en sí los gérmenes de profundos males que han de trastornarlo todo en nuestra pobre humanidad: las bacterias no conocidas de la patología biológica, pero sí de la patología ética que se llaman maldad, infamia, vicio, hipocresía, egoísmo, son inyectadas al niño por sus propios padres. Cuando su alma, formada en tales principios, llega al instante del despertar de las pasiones, es seguro que las abiertas fauces de la vulgaridad y del crimen se cebarán en su carne joven. Lo peor del caso será que entonces ni siquiera habrá la esperanza de que exista una autoridad legitimada por el ejemplo que pueda salvarla del abismo porque la misma mano idolatrada que mecía la cuna, al verse desautorizada por su proceder, no tendrá otro remedio que escribir en el escudo del nuevo ciudadano un "perge quo coepisti" (como dijo Cicerón en su Catilina Primera) y el sonrojado padre, si es que se sonroja, no podrá hacer otra cosa que bajar los ojos ante la insolencia acusadora de aquel a quien él mismo le enseñó aceptar así la vida. . . .

Amigos míos: Goethe, quien tanto penetró en los principios humanos y en la vida social moderna, creía que el caos engendra el caos y nos dijo con profunda convicción: "Desde mi juventud la anarquía me ha preocupado más que la muerte". Tenía razón: la anarquía es peor que ella, porque lo destruye todo: hasta la esperanza del más allá. La anarquía que reina hoy en el hogar puertorriqueño, no solamente desmaya al pensamiento e indisciplina a la sociedad, sino que prepara nuestra fosa en el futuro.

Ante mal tan grave, todos debemos ser sinceros. No solamente los que forman el hogar han tenido la sola culpa de esto que ocurre. También ha sido de nosotros, los maestros, y de nues-

tra pedagogía que no ve más allá que inteligencias, a las cuales es preciso acomodar cierta cantidad de pormenor, careciendo, sin embargo, en absoluto, de apreciaciones de conjunto que la inspiren los métodos que deban desarrollar todas las facultades del espíritu. Siendo nuestra manera de enseñar, por lo general, de disciplina acumulativa, es antihumana, antinatural. Malgasta el esfuerzo y no da sentido lógico al fin de la educación que es preparar intelectual, física y moralmente al individuo para que pueda desempeñar las funciones sociales. El divorcio que permite nuestra escuela entre lo intelectual y la cultura del espíritu debe ya cesar porque la necesidad del presente y del futuro, a la que siempre debe responder un buen sistema educativo, hace de esta cuestión un imperativo categórico.

En todas partes la pedagogía moderna se pronuncia en ese sentido: Ahí están, para convencernos, las discusiones del Congreso de Maestros de Bruselas del 1898, publicadas en la "Revista de Pedagogía Comparativa" de ese año; los artículos de los profesores Trüper y Koch que aparecen en el cuaderno 71 del "Pedagogisches Magazin" y las interesantes noticias dadas por el profesor de la Universidad de Tokio, B. Hall Chamberlain, sobre la ética del Japón y la enseñanza de la moral en aquel pueblo en "The Rising Sun" (Segunda Edición, Constable, Londres, 1908).

En los Estados Unidos, en donde parecen existir análogas condiciones a las nuestras, ya se han alzado varias voces sabias y guadoras. Entre ellas, la del distinguido profesor de Psicología de la Universidad de Ohio, H. Gordon Bullfish, quien sostiene que la moralidad es una aplicación de la inteligencia al dominio del problema vital y que, como tal, debe ser objeto de cuidadoso estudio en los procedimientos educativos (véase su artículo "Moral Life and Wholesome Living", (pág. 358, número de julio 1931, del Junior-Senior High School Clearing House). Como él, también se han distinguido en el movimiento Herbert A. Clugston, de la Universidad de Colorado, quien dice: "Education must then be concerned process which releases individual capacity, consciousness of life in an ever ascending scale of sensibility to live worthy and happily as individual to the end that social progress may be assured, Lestel F. Ward, quien discute el tema desde el punto de vista social en "Dinamis Sociology", (Appleton and Co., 1897, volumen II, pág. 173-177). Cree que la educación debe ser "That which recues

the increase of human happiness" y que, por lo tanto, las asignaturas que enseñan civismo o sean, la economía, historia, etc. al igual que aquellas que despiertan el sentido moral, no pueden dejar de ser atendidas. H. Ramdam, en "The Making of Modern Mind" (Boston, Houghtton Mifflin Co. 1926, page 25) dice lo que sigue: "Of course, it was not given to mortal reason to decipher the hieroglyph of the Universe in detail; but the important fact is that this moral feeling is the fundamental aim of all wisdom and learning coloring the whole intellectual life and all but excluding any interest in prediction."

Al reconocer el problema como de estos tiempos, Hullfish - a quien hemos citado—se expresa así: "That something has gone wrong with the younger generation every one who is a year older than the people with whom he is dealing is ready to assert. In fact he is asserting it and if it happens that he has any relationship with the schools, he is calling upon them to reorganize their forces to make of these youthful and irresponsible radicals matured and respectable citizens."

Para no cansaros más, omitiré muchos nombres de otras autoridades y sus opiniones que igualmente consideran el problema de necesaria, de urgente solución y como parte esencial del deber educativo.

Solamente me permito añadir que Platón, el más grande de los maestros del mundo y además griego—que fueron supremos en todo—será siempre el inspirador eterno de todo maestro que se sienta, como nosotros ahora, preocupado con lo que es esencial para el completo desarrollo del sér. El decía era necesario que la pedagogía cultivara las cuatro facetas del alma. Eso también repitió, en distintas palabras, su gran discípulo el Estagirita, en 'Política', libro I, Capítulo I, en el cual él habla de que la belleza, la salud, la agilidad, la destreza, el valor y la resistencia, son cualidades psico-fisiológicas a las cuales hay que dar debida consideración en el proceso educativo. La concepción griega de los objetivos de la educación fué, es y será siempre, la única, por ser perfecta. El maestro, si es que va a cumplir con su verdadera misión, debe imponerse el deber de formar caracteres que reconozcan la validez de ciertos principios, de ciertos valores; que sepan tener voluntad, respetar, obedecer, cooperar, ser honrados, cultivadores de la amistad, del arte, justos, bondadosos, altruistas, amante de su familia, elevados en sus ideales, generosos, valientes, industriosos y eficaces...

Si nuestra escuela y nuestro hogar lograran algún día llegar

a la cúspide de esa misión inculcadora, veríamos ¡cómo nó! ¡es preciso tener fe! que la mezquina y egoísta apariéncia de todo lo presente desaparece. Cómo tantos descreídos de ideales e irreverentes de la moralidad pública, disminuyen; cómo nuestro mismo gobierno sería regido por manos más conscientes que velaran, como es su deber, porque todo bien se cumpla; porque la verdadera jerarquía y la devoción vuelvan al hogar nuestro del que saldría la aurora del sol de justicia que habría de alumbrar a nuestra isla sin permitir que se escondieran en ella tantos privilegios, perjurios e iniquidades que por ahora tanto abundan...

Esa regeneración no es posible si padres y maestros no ponemos a estos problemas verdadera devoción; si no sacrificamos todos, en el altar de la patria, el bien personal. Claro es que no me refiero a románticas visiones de sacrificios inútiles, sin sentido: hablo de cosas prácticas, de hacer patria con el ejemplo y la cooperación. Ni sabemos hacer uso de la lisonja servil que disfraza al ser haciéndole esclavo de una ignominia, ni nos es posible halagar la complacencia ilusionista que mantiene al error para hacerse agradable a los ojos. Pedimos solamente que en el libro de la historia del presente cada cual anote un buen deseo, un anhelo de altos ideales y un esfuerzo. Lo demás, como dicen los libros santos, se nos dará por añadidura. Así salvaremos al presente y podremos ir, con conciencia satisfecha, al día que se avecina.....

Y ya que casi estamos haciendo examen de conciencia, y tratando el problema, al hacer su diagnosis, conviene que nos orientemos definitivamente sobre el terreno.

El hecho de la vida, en la complejidad de su continua evolución, requiere de nosotros dos condiciones esenciales para buscar cualquier equis del destino: primero, saber qué fin nos proponemos. Segundo: qué medios utilizaremos para llevar a cabo ese fin.

Vamos a completar lo primero: o sea, averiguar qué necesitamos nosotros. La cultura, según la sociología moderna, es un instrumento del estado en beneficio de la humanidad. Herder, en sus "Cartas sobre los progresos de la Humanidad", la definió como un sistema de evolución progresiva, ministro supremo de las sociedades. Hegel apoyó esa idea del progreso indefinido—que ya que nos venía de Aristóteles—ingertándola el sentido cósmico con que se le ha avalorado después. Boergson creyó que era un impulso constante al que la emoción y la voluntad contribuían.

Por todo eso creo lógico suponer que lo mejor de nuestro pasado debe contribuir, en calidad de herencia, al presente y al futuro. Que a este futuro y presente se debe, además, sumar una cantidad nueva de esfuerzo colectivo en acción e ideal. Concretado esto, pasemos a deslindar el legado racial que nos parece esencial.

LA HERENCIA.

¿Cómo fué el hogar de nuestros mayores?.....Según la biología, la temperatura media es la deseable para el ser humano. Según las leyes del lenguaje, en fonética, para el estudio de un idioma hay que desechar igualmente al habla aristocrática que la vulgar por ser ambas formas especiales que no dan la verdadera cultura, que es la clase intermedia. Siguiendo el mismo razonamiento, para contestar a la pregunta que acabamos de formularnos sobre el ayer, tendremos que descartar al hogar paupérrimo que representará siempre lo anormal, lo impuesto por la miseria y también tendremos que descartar al hogar de los magnates del poder y el dinero en los cuales existen curiosas deformaciones más adecuadas para una patología de la raza que para nuestro propósito.

Veamos, pues, lo que sucedía en los hogares de nuestras clases medias y acomodadas cuatro o cinco décadas ha y aún desde los primitivos tiempos de la colonización.

Tenían aquellas familias un ambiente patriarcal. Fuertes valores cívicos, morales e intelectuales se desarrollaban en ellas a pesar de que el sistema educativo de la isla era siempre pobremente atendido y era limitadísimo número de los planteles de enseñanza. Pero bien puede decirse que, a pesar de ello, hubo educación aunque no hubiese instrucción generalizada porque en cada hogar—muchos de los más humildes incluídos también en el número—el padre y la madre vivían para ser ejemplos vivos de honradez, de amor a sus semejantes y de amor a la patria. El respeto a los mayores y el interés por el prójimo estaban tan arraigados entonces que los niños eran vigilados por todos los adultos aunque los lazos de la sangre no les unieran a sus familiares.

El siglo XIX, que con razón es llamado de la filantropía y de las luces, tuvo para nosotros idéntico nombre y significación. Como en los otros pueblos del orbe, en Puerto Rico se luchó durante ese siglo por la regeneración de la especie humana y por las libertades patrias, lo que prueba que íbamos al unísono del

concierto universal en lo que respecta a civilización. Los que conocemos a la historia estamos muy lejos de pensar que en ningún pueblo del mundo—incluyendo a los Estados Unidos—hubiese entonces los adelantos que existen en la actualidad en educación o en cualquier otro aspecto de la vida. Por ello no hay que extrañarse que nuestra isla no tuviera entonces las numerosas escuelas y maestros que tiene hoy. Es que eran otros los tiempos, otro el ambiente y otras las posibilidades. Más lo que sí es de notar es que ahora no cosechemos las primicias de valores cívicos que aquellos padres nos dejaron en legado de buenos ejemplos y que serían una sólida base para edificar el presente y el porvenir.

Registrando nuestros anales encontramos datos preciosos, dignos de recordación: Ya en el primer siglo de nuestra colonización, el padre Las Casas, en su "Historia General de las Indias", tomo V, Pág. 488-496, nos dice que nuestros indios no practicaban el hurto; que tenían ideas del deber; que eran trabajadores y religiosos; que respetaban la amistad y el poder establecido; que sentían gran amor por la patria y la familia. Poco se ha escrito del carácter de la raza durante los siglos posteriores; pero en ese poco hay varios juicios desfavorables al elemento isleño que casi siempre versan sobre la indolente condición de los naturales de la isla siendo de los más conocidos el del gobernador O'Reilly y el de Fray Iñigo Abbad. El primero disculpa esa manera de ser por las condiciones del clima y hasta con otras buenas cualidades y el segundo, Fray Iñigo Abbad, (capítulo XXI de su "Historia Natural Civil y Geográfica de la Isla de Puerto Rico") se refiere a las clases pauperizadas por la miseria y la enfermedad a las que, como he dicho, no se pueden tomar por modelos. No pueden, pues, aceptarse ambos informes, sino en el sentido de comentar hechos esporádicos pues bien sabemos que no eran de esa condición aquellos hidalgos y lanzas que vinieran a nuestras playas con Juan Ponce de León, entre los cuales, estaban caballeros tan prestigiosos como don Juan Gil, quien luego fué gobernador de una provincia española. Tampoco lo fueron la mayoría de los emigrantes que vinieron luego entre los que se encontraban don Cristóbal de Sotomayor, a quien criticaron el haber aceptado el cargo de Alguacil Mayor de Puerto Rico por ser demasiado humilde para el hijo de una condesa, que había sido, además, secretario del mismo Rey. Tampoco lo fueron los Caballeros de la Dorada Espue-

la, casta sana de labriegos que nos dejara en la isla Las Casas: ni aquellos numerosos canarios y vizcaínos y gallegos que en distintas épocas vinieran a poblar nuestras costas al igual que los venezolanos, franceses y corsos, que también vinieran a ella. Pruebas de ello nos dió el canónigo de Catedral, Torres Vargas, cuando escribió en abril 23, 1647, diciendo de Pto. Rico que "Las mujeres son las más hermosas de las Indias, honestas, virtuosas, trabajadoras y de tan lindo juicio. etc". Y que los puertorriqueños eran aptos para cargos importantes, haciendo una enumeración de algunos de gran valer que desempeñaban puestos distinguidos. Por este cronista y por otros documentos, sabemos también que dos de nuestros gobernadores, don Enrique Enríquez de Sotomayor y don Iñigo de la Mota Sarmiento, decían que nuestras mujeres, para esposas, no tenían rival y que todos los hombres prudentes del mundo deberían venirse a casarse en Puerto Rico. En el erudito estudio hecho por don Francisco del Valle Atilas, "El Campesino Puertorriqueño" (Imprenta González Font-1887), nos dice este autor lo siguiente: Página 143. Tema: Amistad.

"La amistad, esa pasión sublime, ese sentimiento de las grandes almas como la llama Lacépède, es una virtud que profesa el campesino. El cariño mutuo entre ellos es, en general, sincero y en determinados casos reviste caracteres particulares de seriedad. El compadrazgo es un lazo que respetan los jíbaros escrupulosos".

Página 16. Tema: Trabajo.

"El jíbaro trabaja tanto proporcionalmente a su alimento, como el mejor jornalero de otros países".

Página 17. Tema: Aspecto Físico.

"El jíbaro es esbelto, si se ve encogido en sus maneras es por su natural reserva.

Página 17. Tema: Carácter.

"A todo el mundo he oído hablar de ciertos jíbaros que aún viejos montan a caballo, trabajan y cumplen con todas sus obligaciones, siendo modelos de honradez, que viven internados, distante de las poblaciones; jíbaros de color blanco; por lo común de aspecto sano y cuya familia huiría de un recinto al ver aproximarse a él un extraño y no parecería en la sala del bohío dejando que el padre o la madre, si áquel no está, reciba el visitante; si éste se detiene, verá que la desconfiada rusticidad de la familia cesa, cómo poco a poco irán aparecien-

do nuevas caras, muchas de ellas bonitas, que le sorprenderá encontrar entre ellos; algunas no bien vestidas, acaso sin zapatos, pero frescas y sanas".

Página 57. Tema: Fidelidad Conyugal.

"La mujer sabía guardar la fe jurada, someterse a la voluntad del marido y cumplir hasta el sacrificio con sus obligaciones domésticas. No así el hombre, despreocupado en lo que respecta a la fidelidad conyugal. Respeta, sin embargo, a la mujer."

La misma Página. Tema: Deber de los Padres.

"Los padres cuidan, alimentan a los hijos y les enseñan un oficio".

Estas buenas prendas del espíritu que hablan del respeto, de la fidelidad, de la honestidad y fiel cumplimiento al deber, son las que debemos perpetuar, imitándolas. Fueron ellas las que hicieron elevar los altos prestigios de aquellos padres que se llamaron don Eugenio María de Hostos, don José Julián Acosta, Dr. Gabriel Ferrer, don José Gualberto Padilla y otros. Sabían bien estos hombres "hombres" que la hombría y la degeneración del carácter son verdaderos antípodas. Su ética del ser varón tenía un digno sentido de la especie y no como hoy, que mantecatos falseadores de la hombría creen que ella consiste en darse **dos buenos palos de licor** cada vez que la ocasión lo permite y en perturbar las leyes de la moralidad con la mayor frescura. Como ellos, nuestras mujeres del pasado también nos legaron hermosos ejemplos dignos de ser imitados: Ahí están consignadas en nuestra historia, las crónicas de la fidelidad sin par de doña Yuisa, la Cacica, y de doña Guiomar de Guzmán; el viril patriotismo de doña Mariana Bracetti, la generosa piedad de doña Ana de Cauzos; la delicada feminidad y laboriosa inteligencia de doña Bibiana Benítez; la abnegación maternal de doña Monserrate Toste que con su trabajo dió carrera a su ilustre hijo Dr. Coll; y doña Isaura Ruiz Arnau, que hizo igual con su hijo, Dr. Ramón Ruiz Arnau. ¡Ellas si que eran dignas de llamarse descendientes de la madre de los Macabeos, de la Ruth piadosa y de María de Molina, la fuerte! El benéfico influjo de las virtudes de estos hombres y de estas mujeres vincularon con lazos imperecederos de amor, gloria, patriotismo, a la familia puertorriqueña del ayer. La sociedad de entonces tuvo su código moral vigente, aunque no escrito. Se ejercía al concubinato; se condenaba la poligamia; se apre-



ciaba la amistad, se exaltaba a la máxima dignidad a la mujer y se reconocía la autoridad indiscutible del padre. Hoy, estos valores se silencian o se ignoran; tengamos la honradez de confesarlo.

Cuando nuestro pueblo cambió de régimen, la escuela, preocupada con propagar sus beneficios, aumentar el número de sus planteles y adaptarse a nuevas necesidades y modelos, se preocupó poco por todo esto. A vivo esfuerzo, sin sentido a veces y hasta sin relación con nuestras verdaderas necesidades, su rutina se dirigió hacia el objetivo de crear **English speaking people** de cabezas atestadas de conocimientos dispersos, como si fuesen graneros. Tal proceder estrechó necesariamente nuestro horizonte en el sentido moral y creador, lo que nunca debió suceder; pero Dios y la Naturaleza no permiten que jamás, impunemente, se violen sus leyes éticas evidentes en todo lo creado: nuestro pueblo, desde entonces, ha ido fatalmente bajando por la pendiente de un desequilibrio moral que tiene hoy desorganizada y desorientada a toda la sociedad.

Es, señores, que como decía Juan Jacobo Russeau en su "Emilio", hay que educar a la juventud en toda clase de pruebas y de trabajos; hay que fortalecer la resistencia física y el carácter moral; hay que enseñar cómo la Naturaleza dicta—suprema maestra—con verdad y heroísmo. Cierto que tal enseñanza y tales sacrificios son duros; pero los hábitos para formarse, necesitan de un continuado proceso de repetición y de principios. Eso era lo que hacían nuestros padres siempre cumpliendo y enseñando el deber. La generación actual, ineducada para tales resistencias, con otros ejemplos ante la vista, es más apta para el vicio y la vanidad que para la laboriosidad y el calvario. Esta mutilación de nuestro espíritu joven nos deja la pesadumbre mortal de ver que ya no hay para algunos en ella Norte o freno. Importa, pues, que acudamos a salvarla antes de que sea demasiado tarde, pues como decía Bernardino de San Pierre en "Armonías", "no se puede ser el primero sin aprender la virtud y el respeto".

La enfermedad moral que señalamos, aunque aguda, no es incurable. ¡No tendríamos fe en Dios si tal pensáramos! Como decían nuestros sabios abuelos: "Dios consiente pero no para siempre..." Y aunque la juventud pelagra, no toda ella ha caído. Un divino presentimiento, en bastantes casos, ha despertado a sus conciencias en el borde mismo del abismo y, con el

instinto de conservación que late en el fondo de cada ser y de cada pueblo, les ha hecho a muchos volver atrás los extraviados pasos, con intenciones regeneradoras que a veces se han expresado en ideales y promesas que hacen pensar sería oportuno reconstruir el presente sembrando en él mejor semilla que robustezca la raza.

Es nuestro deber hacerlo así para salvar nuestros hijos en estos agudos momentos de la crisis de nuestro hogar ya que su ruina amenazaría por igual nuestro progreso y vida.

A los egoístas que rehusan cooperar o hacer sacrificios adorando al lema de "prius foedaris quam mori", enseñemos con valor y ejemplo como aconsejaba don Fernando de los Ríos, que el honor no tiene más lema que "prius mori quam foedari".

Para que se pueda mejor juzgar qué es lo que nos falta de aquello que fué, evoquemos, en ojeada rápida, la rutina de aquellos días: el domingo, después del desayuno o antes de él se iba a tomar el Sacramento, la familia toda iba a la iglesia.

Los niños de edad escolar eran llevados a ella por sus maestros y los otros, por el padre y la madre. Si esta última se encontraba imposibilitada para hacerlo, el padre asumía el deber de ambos. En las comidas, todos a horas regularizadas, la familia demostraba respeto, orden, eficacia, armonía. Apenas la hogareña madre hacía sonar una campanilla o cuchillo sobre el cristal de la mesa para indicar que todo estaba listo cuando la familia toda, sin excepción—el padre el primero—se dirigían al comedor en donde esperaban de pie, junto al asiento que les correspondía en la mesa, a que el padre echara la bendición y dirigiera una sencilla plegaria a Dios dándole gracias por el pan de aquel día. Después de él, todos tomaban sus asientos. Las reglas de urbanidad eran solemnemente puestas en vigor en aquellas escenas piadosas y cordiales. Los niños aprendían a usar los utensilios; a tener compostura, a no pedir nunca, a comer de todo sin excusas. Bondadoso y atento, el padre sentábase a la cabecera de la mesa teniendo a ambos lados a los hijos e hijas mayores, en orden de edad; les dirigía conversaciones llenas de interés en las cuales siempre iba envuelta una noble y oportuna enseñanza. Al otro lado opuesto y en la cabecera también de la mesa, la madre hacía otro tanto con los menores. Todos estos hijos, educados en el respeto paternal, sabían escuchar y sin comentarios inadecuados, lo que sus padres les decían. Ni se permitían ni interrupciones, ni hablar dos a la vez. Al terminar



las comidas, cada cual tenía que permanecer en su asiento hasta que se levantara el padre. Este ritual, de profundo valor educador, se repetía tres veces diarias cada día.

¡Las veladas caseras...! ¡Qué academias aquellas y qué enseñanza tan verdadera se daba en ellas a los hijos! Los niños de edad escolar no podían, bajo ningún concepto, salir de noche al igual que los pequeños. Otra vez sentados alrededor de la mesa, eran vigilados y auxiliados por padre y madre. Mientras aquel leía la prensa o explicaba lecciones difíciles, ésta, con su canasto de labor sobre la mesa, cosía. A las diez de la noche el padre iba personalmente a cerrar el portal de la casa. Todos los hijos, no importa la edad que tuvieran, tenían que haber llegado a dormir a esa hora. No había excusa para los delincuentes y éstos, a veces, tenían que volverse gatos trepando por ventanas o tubos del agua para poder disimular algún desliz.

En los días de fiesta, el mayor orgullo de los padres era sacar la prole a paseo. Si por alguna circunstancia no podían hacerlo, correspondía a los hermanos mayores la ejecución de ese deber. De igual modo, las mamás llevaban a los niños a las visitas con objeto de acostumarlos al trato de gentes. Antes de hacer ésto, les advertían cómo tenían que comportarse y saludar. También les hacían ir a enterarse de la salud de los enfermos y a cumplimentar en ciertas ocasiones, a las familias conocidas como onomásticos, días de Navidad, etc.

No seré tan tonta que diga que todo esto fué una costumbre generalmente admitida. Hubo y habrá siempre excepciones para todo en la vida, pero sí afirmo que esto era lo corriente en la clase media y acomodada; que yo lo ví hacer en mi propio hogar y también lo ví en el de mis tíos, don Juan Colón, doña Juana Antonia Montoya, don José Figueroa y doña Paz Colón; que fué poco más o menos lo que ví hacer en casa, en las de mis familiares y amigos de mis padres; en casa de mis padrinos, doña Micaela Zeno Gandía y Dr. Rafael del Valle; en casa de don Eduardo Rosso, de don Félix Correa, don Mariano Otero, don José Vidal, don Adrián Toste y otros.

Creo haberos convencido de que en el pasado hubo buenas enseñanzas que no se deben olvidar. Pasemos, pues, a considerar la solución del problema en la parte en que, como a maestros, nos corresponde; esto es, a enfocar el problema desde el punto de vista educativo.

Al presente, los únicos cursos que en nuestras escuelas pro-

veen enseñanza sobre ciencias y artes aplicados al hogar, son los cursos de ciencia doméstica. Ellos, tal como al presente se estudian, son algo; pero no son todo lo que necesitamos. Incluyen, como ya he dicho, ciencia y arte aplicados al hogar; pero deben incluir también ética, o moral aplicada al mismo. Se enseña en nuestras escuelas cómo se puede hacer un hogar cómodo; acaso, cómo se puede cuidar a un enfermo o ahorrar algo en su presupuesto; pero nunca se enseña lo que es esencial: la manera de hacer, a ese hogar feliz para que él pueda, por derivación, irradiar felicidad sobre la patria. Para hacer feliz al hogar es indispensable que en él haya respeto, orden y armonía. Eso se consigue por medio de la ética y del ejemplo.

A mi entender, nuestros cursos de Ciencias Domésticas debieran ser divididos así:

I—Economía y Ciencia Doméstica.—Este curso debe incluir la selección de materiales y alimentos (dietética); higiene, cuidado del hogar, del niño y el enfermo; presupuestos, arte culinario; lavado, costura, labores, química, biología y fisiología prácticas.

II—Artes Domésticas.—Esta parte del curso debe incluir todo arte que contribuya a formar un hogar atractivo y laborioso. Por consiguiente, se deben enseñar en él las Artes Industriales y Manuales, La música, dibujo, sociología, lenguaje, literatura, estética, etc... .

III.—Cultura y Moral Doméstica.—Debe incluir esta parte del curso, todo lo que pueda dar base y sentido ideal al hogar. Se deben enseñar en él nociones de gobierno, funcionamiento de sociedades, economía, urbanidad, literatura que cultive la fe, el respeto; leyes morales y sociales; historia de la patria y del civismo; literatura relacionada con estos y parecidos temas como biografías de personajes de nuestra historia y de la historia de los progresos del mundo; cuentos, apólogos, novelas, relatos de viajes, etc. Deberá, además, incluir conferencias y lecciones prácticas sobre la modificación del carácter por el hábito, la preservación de las virtudes deseables como el ahorro, etc. Esta última parte del curso, así como asignaturas seleccionadas de los otros dos, deben ser enseñadas igualmente a varones que a hembras.

Los maestros deben ser modelos vivos de toda enseñanza. En sus hábitos y actos de cada día y de cada hora, deben tener siempre presente aquellas palabras de Renán que decían:- “La



luz, la moralidad y el arte serán siempre representados en la humanidad por un magisterio, por una minoría guardadora de ideales morales en donde se traducirán la verdad, el bien y la belleza”.

Platón nos dijo que toda ciencia era reminiscencia: Boergeson afirmó que ir a la vida era conectarla irremediabilmente a un plan anterior. Si ello es así, formemos como ya indicábamos, el plan para mejorar el presente aporvechando lo bueno que nos legó el ayer o modifiquémosle para mejorarlo, pero nunca para deformarlo.

La sociología contemporánea se pronuncia en este sentido con la autorizada voz de uno de los sociólogos más eminentes: la del alemán Guillermo Oswald, quien en “Fundamentos Energéticos de la Civilización,” nos dice que la cultura es un instrumento del Estado en beneficio de la humanidad y del hombre, pero que para poder sociabilizarla de modo que beneficie a ambos, es menester, “conservar la esencial moral que dió la vida.” Todo lo que se diga o se haga sin contar con ella, es del mundo, nos podrán salvar si le falta fundamento ético a nuestra civilización. De él depende todo: patriotismo, justicia, laboriosidad, la armonía, verdad y conocimiento para hacer adecuada utilización de toda energía física o intelectual. La moral es, fin balanza, sentido cósmico. Lo único que nos pone al unísono con la labor y la naturaleza misma de Dios.

